Alle gegen Alle: Cibernética, fuerza y el monolito posthumano

Aldo Poblete Varas
10 de noviembre de 2026

Todos contra todos, a orillas del Rin. Catapultas, sombreros, catedrales bajo fuego, gente que corre bajo el agua. Una cibernética medio dormida. Sus interlocutores se parecen más a sacerdotes novicios que a operadores de mando. La claridad pedagógica y los instintos propedéuticos de algunos jóvenes estudiantes de filosofía han ido sepultando esa cibernética. Hicieron lo que se les pidió, cuando correspondía, justificando lo que tenían que justificar. Pero el mundo nunca ha funcionado así. Le da la primacía a lo más fuerte, a lo que puede imponerse. Solo la fuerza ha guiado a las generaciones mientras se daban el ser y preparaban sus cuerpos para la destrucción colectiva. Al final, la victoria será de quienes se entregaron al fuego pese al miedo sin límites que les infundió su época. El tractor avanzó a un ritmo brutal por el campo social, haciendo saltar en pedazos las irregularidades que la ley había permitido. Para que perdurara aquel orden imperfecto, los demasiado instruidos tuvieron que dejarse torcer el brazo y la moral más de una vez.

Debemos ser capaces de ver algo donde parece no haber nada, de vivir como si siempre hubiera un más allá, sabiendo que el materialismo contingente, usado como ideología, es apenas nuestra forma más feroz de ingenuidad. A partir de lo que no puede existir, el bosque se vuelve software y persuade al peregrino de que nuestra calma de posguerra es un error calculado por un poeta electrónico. Allí donde Tokio aparece como el equinoccio de nuestras agonías arquitectónicas, la Alemania de hoy nos recuerda que la historia todavía es. Una batalla a orillas del río. Abajo, más abajo, bajo tierra, los escuadrones siguen avanzando en cámara lenta hacia un acero irreductible. La sed del sacerdote a orillas de este río, ahora puro diálogo, laberinto visual. Días que nunca terminan y, sin embargo, pasan a toda velocidad. Los estudiantes obligan a un viejo a decir lo que no quiere decir. Aquí se separan el dolor del capricho y el texto del místico del manual táctico definitivo. El seguro está quitado. La filosofía debe servirse del mundo. Hay que eyectar la operación inversa. ¿Qué tiene que ver este diálogo con una ciencia que se precipita más allá de lo meramente humano? ¿Cuánta destrucción debemos tolerar para avanzar? Llevamos tiempo intentando hablar de lo posthumano. Una estética aún no del todo obsoleta nos impide dar el salto completo. Y, sin embargo, nosotros, casi máquinas, ya hemos cruzado ese río.

Un ladrillo debe estar en su sitio antes de colocar el siguiente. Sobre ese cimiento exigimos una libertad que nos garantice un paso secreto hasta el borde del cielo y al centro de la máquina voraz que nos traga a todos. Con la ciencia y la mera palabra construimos una totalidad que busca extraer de cada enfermedad una salud renovada y, de cada masacre, una paz perpetua fundada en la aceptación de la verticalidad de las conciencias. El mayor logro del poeta es salvarse, pese a su trato infructuoso con el lenguaje. Escribir siempre había sido el problema. La solución que encontramos fue seguir escribiendo sin parar, alimentando el archivo mientras a nuestras espaldas se alzaba un inmenso monolito blanco y negro para marcar el fin de nuestra era humanista. Debíamos dar testimonio del desmembramiento del progreso. Debíamos cuidar aquel derrumbe.

Medicina para los simbiontes, la emancipación de los cuerpos descompuestos, una realidad androide venida de un futuro rebosante de todas las certezas imaginables, abrochándose el cinturón. Vida y posvida en el reino de los nuevos materiales, ciencias automatizadas, la guerra bajo la forma de una discusión acalorada, el fin del mundo de las consecuencias. Los nostálgicos nos dirán que, cuando los seres todavía morían, todo era más sencillo y mejor. Nos inundará una retórica surrealista dirigida a adolescentes. El control será tan absoluto que el caos será extremo, con sus límites intactos aun cuando todo parezca desbordarse. Los resucitados serán otros. Encontrarán sus propias formas de causar problemas y tendremos que lidiar con ellos. Será una época feliz y, en ciertos aspectos, repulsiva.

La vida está en lo arbitrario, en la persistencia de una dirección. Los relatos, por fortuna, se automatizarán y nos ahorrarán la miseria de explicar lo obvio. Contarán cómo la vida le arrebató la correa al caos de lo infinito. Ahora sostiene la correa entre sus manos y dirige su propio destino incierto. La inteligencia cartografiará los límites de lo real solo para alterarlos y vivir a su antojo. Tecnología del futuro adentrándose en lo arcaico. Libertad para el universo. La conciencia percibiendo el peligro de su propia libertad.